

Después de la crisis *

Josep Fontana

Traducción de Jordi Doménech

La crisis que empezó en verano de 2007 se ha terminado, en principio, y le hemos dado ya tantas vueltas que es mejor cambiar de argumento. Esto no significa que ya sepamos todo lo que ocurrió. Por ejemplo, hace pocos días se ha publicado un memorándum de noviembre de 1997 que revela que el Departamento del Tesoro, en colaboración con los grandes bancos norteamericanos, negociaba con la Organización Internacional del Comercio un acuerdo que cambiaría las reglas para facilitar la libre circulación internacional de productos tóxicos bancarios, extendiendo la especulación y la ruina a todo el mundo.

A lo cual cabe añadir toda una serie de nuevos documentos que muestran crudamente la corrupción y la incompetencia de las agencias de evaluación, que fueron un instrumento esencial del desastre. Hay, por ejemplo, unos correos electrónicos intercambiados por funcionarios de Standard & Poor's, en que se dicen cosas como: «Dios nos ayude... Este es el lugar más estúpido en que he trabajado nunca»; «Me ha costado explicar cómo hemos llegado a estas cifras, ya que no hay ningún cálculo tras ellas», o «Esperemos que todos seamos ricos y nos hayamos retirado cuando esto se hunda» (1).

Un tema muy angustioso es el de la posibilidad que una crisis como ésta se repita en cualquier momento, ya que apenas han cambiado las condiciones que permiten a las instituciones financieras especular igual que antes, como demuestra la historia del señor Martín-Artajo y los 6.000 millones de dólares que hizo perder a JPMorgan especulando con derivados. Lo cual no es más que una anécdota, pues la amenaza realmente seria que tenemos por delante es la crisis que se está produciendo en los llamados «brics» —concretamente en Brasil, India, Indonesia, Sudáfrica y Turquía—, que puede tener consecuencias muy serias en un futuro inmediato (2).

Pero de lo que quisiera ocuparme no es de la crisis, sino de lo que está sucediendo después. Por lo cual trataré de relacionar lo que empieza a experimentarse entre nosotros, donde esto de que se haya terminado la crisis no deja de ser más bien una profecía, y lo que ha ocurrido y está ocurriendo en Estados Unidos, donde la crisis acabó hace ya tiempo.

Partiendo, sin embargo, de un punto que ha de quedar bien claro. La mayor parte de fenómenos que señalaré comenzaron en realidad mucho antes de la crisis, pero ésta los aceleró y precipitó, y por este motivo nos dejó con la ilusión de que si

eran causados por la crisis, como muchos todavía siguen creyendo, desaparecerían cuando pasara ésta, de manera que las cosas volverían a ser como antes. Lo que os invito es a examinar este mundo de nuevas reglas que está ahí para continuar.

Hablemos pues de lo que ocurre en Estados Unidos, donde en verano de 2009 comenzó a decirse que la crisis se había superado, por lo menos en el sector financiero, mientras que para el conjunto de la producción la recuperación de la economía se daba por segura en el último trimestre de 2011. Una gran noticia, como dijo Robert Reich, que fue secretario del Trabajo con Clinton, pero con un aspecto inquietante, pues «aunque el país produce hoy más bienes y servicios que antes de la crisis [...], se están obteniendo con seis millones de trabajadores menos».

Una de las cosas que resultaron evidentes desde el primer momento es que la crisis había acelerado un proceso iniciado mucho antes, el de la «gran divergencia», que conduce al aumento de la desigualdad —es decir, al empobrecimiento de la mayoría y al enriquecimiento de los más ricos. Hacia marzo de 2012 el equipo dirigido por Emmanuel Saez, profesor de la Universidad de California, publicaba sus estimaciones del reparto de la riqueza creada, que mostraban que si en el conjunto del período de 1993 a 2010 la parte del crecimiento total «capturada» por el 1 % de los más ricos había sido del 52 %, en los años de «recuperación de 2009 y 2010» esta parte aumentó hasta el 93 % (3).

Para justificar esta diferencia, un profesor de economía de Harvard, N. Gregory Mankiw, publicó un artículo académico en el que, tomando como ejemplo a Steve Jobs, la señora Rowling —autora de los libros de *Harry Potter*— y el productor de cine Steven Spielberg, sostiene que el fuerte aumento de las ganancias del «1 %» de los más ricos no es más que el premio a su creatividad, y que la disminución de los ingresos de los demás se debe al descenso que ha habido en la formación de trabajadores especializados como consecuencia del retroceso de la educación (4).

Dejemos de lado la parte de los ricos, y centrémonos en las razones que explican el empobrecimiento del resto. Por lo que respecta a la población trabajadora, el empobrecimiento es debido a un proceso radical de reducción de la masa salarial producido por la combinación de la insuficiencia del empleo, la disminución de los salarios, la baja calidad de los puestos que se crean y la inseguridad del trabajo.

Comencemos por el problema del paro, que es posiblemente el más grave de nuestro tiempo. Según el informe de la Organización Internacional del Trabajo de este año (5), el paro ha aumentado en el mundo hasta el punto de que en 2012 había 197 millones de parados, a los que habría que añadir 39 millones de personas que se habían «caído del mercado de trabajo», y las previsiones son que seguiría aumentando en 2013 y 2014, especialmente en los países desarrollados.

Y hay que tener en cuenta, además, que esta medida del paro de la OIT, que es de la misma naturaleza que la que se aplica habitualmente en todos los países, la llamada U3, incluye sólo a quienes están buscando activamente trabajo, pero no contabiliza a todos los que se hallan fuera del mercado, sea porque aún no han encontrado empleo, o porque han dejado de buscar trabajo, o a quienes tienen empleos ocasionales que los dejan fuera de las estadísticas oficiales. Esto es lo que explica episodios grotescos como el que se ha dado recientemente en España, celebrando la disminución de los parados, pero ocultando que esto no significa que hubiera más gente trabajando, sino que unos han abandonado el país —los inmigrantes que regresan a su casa o las 30.000 personas que cada mes se marchan de

España, según comentaba hace unas semanas, celebrándolo, el presidente del Banco Sabadell—, y otros han renunciado a seguir figurando en las listas del paro.

Más reveladora que la cifra del paro es la tasa de participación de la fuerza de trabajo (la proporción de personas mayores de 16 años que trabajan o buscan trabajo), que en Estados Unidos llegó en abril al 63,3 %, la tasa más baja desde 1979. El último dato de empleo publicado el 6 de septiembre, que señala 169.000 puestos de trabajo creados y permite rebajar la tasa de paro norteamericana del 7,4 al 7,3 %, debería matizarse con el dato que indica que hay 516.000 personas menos en los rangos de la «fuerza de trabajo» (6).

Hay dos problemas que limitan la representatividad de las listas del paro: la dificultad de entrar en ellas por parte de los jóvenes que no han conseguido todavía ningún empleo, y la facilidad con la que se cae de ellas a partir de cierta edad. En un artículo dedicado a este tema —«La trampa del desempleo» (7)—, Paul Krugman explicaba el drama de la persistencia en el paro de aquellos trabajadores que llevan mucho tiempo sin empleo: de los 12 millones de parados que hay en Estados Unidos, decía, más de 4,5 millones llevan más de seis meses sin trabajo, y 3 millones, un año o más. Y el drama es que cuando un trabajador ha estado mucho tiempo en el paro, es generalmente rechazado por quienes ofrecen trabajo, lo cual está creando una clase de parados permanentes.

Pero el problema no es sólo el de la insuficiencia de los puestos de trabajo creados, sino la naturaleza de estos puestos. Esto nos obliga a volver a la observación de Robert Reich citada anteriormente, cuando decía que se había logrado la misma producción que antes de la crisis, con seis millones de trabajadores menos. Tal como señalaba el propio Reich en un escrito posterior, esto se explica por los considerables aumentos de productividad que ha habido en estos años (8).

Todos habíamos previsto, evidentemente, que los avances de la tecnología producirían cambios importantes en el empleo; pero nos equivocamos al creer que ello conduciría a reemplazar el trabajo de los obreros menos preparados y a aumentar la demanda de los especializados. Este era uno de los fundamentos que daba apoyo a la ilusión —generalmente aceptada— de que una buena educación era una garantía para obtener un buen trabajo. Pero a quienes están reemplazando las nuevas tecnologías son precisamente a los trabajadores con más preparación (9). Un estudio de la Oficina de Estadística del Trabajo norteamericana muestra que los tres empleos más numerosos en la actualidad son los vendedores minoristas, los cajeros y los trabajadores de preparación y servicio de comidas, incluyendo los *fast food*, que suman en conjunto más de 10 millones y tienen unos salarios anuales que van de 18.000 a 25.000 dólares, cuando la media de Estados Unidos son 45.790 dólares (10). Si nos fijamos en la última estadística norteamericana de empleo mencionada antes, la del mes de agosto pasado, podemos observar que de los 169.000 puestos de trabajo creados, 44.000 son de vendedores y 21.200 de trabajadores en el sector de la restauración (11).

Este último es el sector más explotado, no sólo porque tiene los salarios más bajos, sino porque padece las peores condiciones de trabajo; el 90 % de empleados carece del derecho a baja por enfermedad, de manera que se ven obligados a acudir enfermos al trabajo. Esto explica que sean los trabajadores del *fast food* quienes hayan iniciado recientemente un movimiento de huelga, reclamando mejores salarios y el derecho a formar un sindicato.

Las historias personales recogidas entre ellos muestran la imposibilidad de subsistir con unos salarios de miseria. Unos trabajadores entre los cuales hay personas con cualificación universitaria, como una joven graduada en ciencias políticas y sociología, gracias a haber cursado unos estudios que le han dejado una deuda de 20.000 dólares de créditos para estudiar, que todavía ha de terminar de pagar, y que se queja de que su salario no le alcanza más que para realizar una comida al día. Esto ilustra un aspecto importante de la cuestión: el reconocimiento del hecho de que «el valor de un título universitario ya no es lo que era, y el coste de obtenerlo comienza a ser prohibitivo» (12).

En efecto, uno de los cambios que vemos en la naturaleza de los trabajos que han sido recuperados tras la crisis, es la desaparición progresiva de los oficios cualificados, especialmente los que requerían una preparación universitaria. La concentración que se ha producido en estudios de ciencias, matemáticas, tecnología e ingenierías, que se creía aseguraban el futuro laboral de los estudiantes, está llevando a una disminución de las ventajas salariales que tenían estos titulados, aparte que algunas especializaciones podrían quedar rápidamente superadas. El McKinsey Global Institute prevé que en un futuro inmediato habrá una docena de nuevas tecnologías disruptivas, como la robótica avanzada, en las que el software reemplazará el trabajo que ahora desempeñan graduados universitarios (13).

El resultado de estos cambios en el mercado de trabajo es una caída sistemática de las ganancias salariales. Un estudio publicado por el Economic Policy Institute, *Una década de salarios estancados* (14), nos proporciona la clave que explica la génesis, y la continuidad, de la desigualdad. Desde 2000 a 2012 los salarios se han mantenido estancados, o bien han disminuido, para el 60 % de los trabajadores, a pesar de que en estos años ha habido ganancias de productividad próximas al 25 %. Y eso no ha sido más que el final de una larga etapa de estancamiento que comenzó en 1979 (con la excepción de unos años a finales de los noventa), hasta el punto de que desde 1979 a 2012 la media de los salarios ha aumentado un 5 %, mientras que la productividad ha aumentado un 74,5 %. La conclusión del Economic Policy Institute no puede ser más clara: «El débil crecimiento de los salarios desde 1979 para todos los asalariados, excepto para los salarios más elevados, es el resultado de decisiones políticas intencionadas, incluyendo la globalización, la desregulación, el debilitamiento de los sindicatos y la rebaja de las condiciones de trabajo, como la negativa a aumentar el salario mínimo.»

En 2007 había 1,7 millones de trabajadores que cobraban el salario mínimo; en 2012 este sector aumentó hasta los 3,6 millones (15), y es conocido que son muchos los que trabajan por debajo de este mínimo legal (por ejemplo los trabajadores del campo, que van en grupos subcontratados por empresas especializadas).

Al otro lado del Atlántico, los sindicatos británicos denuncian lo mismo: «Desde hace 30 años la parte del ingreso nacional pagada como salarios ha ido disminuyendo en favor de los beneficios, y dentro de la parte de los salarios, cada vez más ha ido a parar a los más elevados. Esto ha contribuido al considerable retroceso de los niveles de vida experimentado en los últimos años.» La causa principal de todo esto, dicen los sindicatos británicos, ha sido la política que ha conducido a una disminución de la capacidad de negociación de los trabajadores, y al papel creciente del sector financiero desde la desregulación de los años noventa. En Gran Bretaña, añaden, hay cerca de cinco millones de trabajadores que cobran menos del salario mínimo legal (16).

El efecto combinado de la pérdida de puestos de trabajo estables y la disminución de los salarios, es un aumento de la pobreza. Las cifras indican que en Estados Unidos hay un 15 % de sus habitantes, en torno a 50 millones de hombres, mujeres y niños, por debajo del límite de la pobreza. Y las estimaciones de una Supplemental Poverty Measure que se propone estudiar con mayor detalle las zonas de frontera con la pobreza, basándose en los niveles de vida y no en los datos brutos de ingresos, concluye que la zona de los «pobres o casi pobres» abarca en torno a los 100 millones, es decir, cerca de una tercera parte de la población norteamericana. Un estudio de UNICEF de mayo de 2012 apunta que entre los países desarrollados Estados Unidos ocupa el penúltimo lugar en materia de pobreza infantil, que alcanza el 23 %, casi uno de cada cuatro niños; sólo Rumanía queda por detrás en este cuadro (17).

Lo que desearía destacar es que no estoy hablando de las consecuencias de la crisis, sino del panorama que se presenta en la actualidad como una pauta estable para el futuro de este mundo de después de la crisis. Este mundo de unos «años de trágico despilfarro» en que, como ha escrito Paul Krugman hace apenas quince días, «millones de norteamericanos desanimados han caído probablemente para siempre fuera del campo de las fuerzas de trabajo, y en que millones de jóvenes norteamericanos han visto cómo sus proyectos de vida y de carrera resultaban permanentemente deteriorados» (18).

No parece que deba esforzarme demasiado para demostrar que estas mismas características de la poscrisis norteamericana se están dando entre nosotros, y que la persistencia de las políticas de austeridad es una garantía de su continuidad. Nuestras cifras de paro son tan terribles que resulta francamente dudoso que puedan absorberse nunca hasta regresar a los niveles estables del pasado, cuando necesitábamos inmigrantes de América Latina y del Norte de África para los trabajos más duros o peor pagados. Sabemos, porque el Instituto Nacional de Estadística nos lo repite, que los salarios bajan continuamente. Para matizar el cuadro, bastará con recordar algunas pocas noticias leídas en los periódicos españoles esta última semana: que hay un millón de personas que trabajan en la economía sumergida (y los expertos dicen que pueden ser muchos más); que en Cataluña hay un 36 % de parados que no reciben ninguna prestación y en torno a 100.000 familias en las que nadie percibe ingresos; que hay un millón cien mil parados mayores de 50 años, condenados a no volver a encontrar un empleo estable y que tienen que buscar su subsistencia en el sector del trabajo ocasional, sin ningún derecho, seguro ni garantía (19).

Incluso en el debate sobre la alimentación de los niños, que ahora se pretende matizar afirmando que no es una cuestión de hambre, sino de malnutrición (ignorando que el problema para el desarrollo del niño no son las calorías que recibe, sino la calidad de su nutrición), hemos descubierto que hay muchas familias que ocultan la situación de sus hijos por miedo a que la administración les retire su custodia (20).

Lo que me interesa no es hacer una lista de los desastres presentes, sino mostrar la semejanza de la forma en que estamos saliendo de la crisis, respecto del sistema que se ha instalado en Estados Unidos, a fin de entender mejor la naturaleza del futuro que nos espera. Debemos partir del hecho de que lo que está ocurriendo no es un empeoramiento temporal de las condiciones, que podríamos combatir con los viejos métodos de defensa, sino que se está produciendo un cambio global de las reglas de juego, al cual deberemos enfrentarnos con una nueva estrategia.

Una estrategia que deberemos inventar y que no será fácil elaborar. Si hay algo que reconocen todos quienes hoy analizan los males del nuevo sistema, es que no es cierto que éstos se deban a los cambios en la tecnología o en las condiciones del mercado, sino que el motor que alimenta la progresión de la desigualdad es de naturaleza política, y, en consecuencia, los remedios que habrá que aplicar son de esa misma naturaleza.

Es lo que afirma explícitamente Emmanuel Saez, el gran estudioso de la desigualdad, cuando señala que «la desigualdad es un producto de la política del gobierno». Para remediar esto, dice Paul Krugman en uno de los mejores artículos que ha escrito en los últimos meses, serán necesarias soluciones políticas, ya que la sola posibilidad de conservar una sociedad de clases medias («una sociedad en la cual los ciudadanos comunes tengan una garantía razonable de mantener una vida decente siempre y cuando trabajen duro y cumplan las reglas») será la construcción de una red de seguridad social potente, que no sólo garantice la sanidad, sino unos ingresos mínimos. Y mientras una parte cada vez mayor de los ingresos vaya a parar al capital en vez de al trabajo, concluye, la única solución reside en un considerable aumento de los impuestos sobre los beneficios (21).

Lo cierto es que no faltan quienes ven con claridad el problema, incluso desde el otro lado. Por ejemplo, la señora Christine Lagarde, directora del Fondo Monetario Internacional, decía en enero de este año que tanto economistas como políticos han descuidado durante demasiado tiempo el tema de la desigualdad: «ahora todos entendemos mejor —dice— que una distribución más igualitaria de los ingresos contribuye a una mayor estabilidad económica, a un crecimiento más sostenido y a unas sociedades más sanas». Unos objetivos a los cuales no vemos que el Fondo Monetario Internacional contribuya cuando sigue insistiendo que en España es necesario rebajar todavía más los salarios.

Los sindicatos británicos también tienen claro que para recuperar los niveles de ingresos de los asalariados es necesario introducir cambios importantes que implicarían un «nuevo contrato social con los trabajadores», pero pierden credibilidad cuando comparan esto del contrato social con «lo que el presidente Obama ha llamado un “trato básico”». Y cuando analizamos las medidas concretas que proponen podemos advertir que no van mucho más allá de las tradicionales de la socialdemocracia, tal como era antes de corromperse (22).

Lo malo es que las fuerzas políticas que deberían impulsar estos cambios no parecen capaces de hacerlo. Vivimos en un sistema político donde la apariencia de democracia se ha corrompido hasta extremos que no tienen marcha atrás posible. Los partidos que nos gobiernan administran los recursos que reciben de nosotros a través de los impuestos, y los utilizan para pagar a las empresas las obras y servicios que el Estado no produce por sí mismo, a cambio de recibir de estas empresas la oportuna, y oculta, compensación. Normalmente simulan que estos contratos están sometidos al control público, porque se realizan mediante concursos; pero lo que nadie comprueba es el grado de cumplimiento de las condiciones fijadas. Si se realizara un estudio de las diferencias entre los precios a que se otorgan las concesiones de obras y servicios, y su coste final, obtendríamos una primera imagen aproximada de la corrupción. Esto sin contar los numerosos casos en que la desvergüenza ha llegado al punto de que se prescinde incluso de la apariencia del concurso. ¿Para qué preocuparse por las formas, si la experiencia demuestra que los ciudadanos no tienen ningún inconveniente en votar a políticos de corrupción públicamente reconocida?

El problema es que, como sostienen los neurobiólogos, la conducta de los humanos está determinada por un pensamiento que en su mayor parte es inconsciente, construido sobre creencias y prejuicios. La mayor parte de políticos, dice George Lakoff, sobre todo los de izquierdas, creen que la gente piensa siempre conscientemente. «Creen —escribe— que todos pensamos igual y que, si proporcionamos a la gente los hechos, la mayoría razonará las conclusiones concretas. Pero como esto es científicamente falso, no suele ocurrir» (23).

Los votantes deciden menos por razonamiento que por un núcleo de ideas y valores interiorizados en los cuales basan su concepto del bien y del mal, y la forma en que debe estar organizada una sociedad. Y estas ideas y valores son alimentados cotidianamente por los periódicos, las radios y las televisiones que cada cual elige como más próximos a sus concepciones del mundo; unos medios que están normalmente manipulados por los grandes intereses de la derecha. En 1928, Edward Bernays, un sobrino de Freud instalado en Estados Unidos, publicó un libro, *Propaganda*, que empezaba con estas palabras: «La manipulación consciente e inteligente de las costumbres y opiniones organizadas de las masas, es un importante elemento en la sociedad democrática. Quienes manipulan este mecanismo oculto de la sociedad constituyen el gobierno invisible que asume el auténtico poder que rige el destino de nuestro país» (24). Desde 1928 hasta hoy esto ha avanzado considerablemente.

Hasta tal punto desprecian nuestros políticos la capacidad racional de los votantes, que no dudan en tomarnos el pelo sin la más mínima vergüenza. Actualmente tenemos el gobierno del PP en Madrid, el de Convergència en Barcelona y el del PSOE en Andalucía, dedicados, cada uno por su cuenta, a promocionar programas de lucha contra la corrupción. ¿Quién puede creerles, si no empiezan por encerrar en la cárcel a los corruptos que cada uno de ellos tiene en su casa? Aunque si bien es cierto que ello les dejaría sin la mayor parte de sus cuadros actuales, la sociedad no perdería demasiado. El único que hizo un gesto positivo para interpretar las cosas fue Pasqual Maragall cuando dejó caer, sin casi darse cuenta de lo que hacía, aquella bomba del «3 por ciento», que demostraba, además, que no estaba demasiado informado de las tarifas.

Los efectos corruptores del sistema han sido tan eficaces que han terminado por devorar incluso lo que había de sano en la vieja política de izquierdas. De manera que han acabado tornando ineficaces fórmulas de reforma que en el pasado dieron resultados espléndidos. Así lo entendió perfectamente Eric Hobsbawm, testimonio vivo del fracaso del socialismo en sus dos grandes versiones, revolucionaria y reformista, que en sus últimos escritos políticos decía que «los socialistas, marxistas o de otra índole, se han quedado sin su tradicional alternativa al capitalismo, a menos que, o hasta en tanto que, reflexionen qué es lo que querían decir con el término “socialismo” y abandonen la presunción de que la clase obrera será necesariamente el principal agente de la transformación social» (25).

Su amigo Donald Sasson lo interpreta en el sentido de que, según creía Hobsbawm, «lo que ha desaparecido (por ahora) es la creencia, compartida por todos los protagonistas de las grandes revoluciones de los siglos XIX y XX [...], de que era posible cambiar el orden social existente por otro mejor» (26). Y parecen confirmar esta opinión las desoladoras palabras que el propio Hobsbawm escribió en el prefacio de su libro póstumo, en el que describe nuestro tiempo como «una era de la historia que ha perdido el norte y que, en los primeros años del nuevo milenio, mira hacia

adelante sin guía ni mapa, hacia un futuro incognoscible, con más perplejidad e inquietud de lo que yo recuerdo haber visto en mi larga vida» (27).

¿Qué podemos colocar en el lugar de unas fórmulas que parecen haber caducado? En Estados Unidos hay un grupo de economistas de notable prestigio, como Richard Wolff, profesor emérito de la Universidad de Massachusetts Amherst, que están convencidos de que el remedio reside en el cooperativismo, es decir en las «empresas obreras autodirigidas», tal como dice él mismo. En uno de sus últimos escritos, que lleva el título de «Un socialismo para el siglo XXI», presenta así el panorama: «Los trabajadores transformarán sus fábricas, oficinas y almacenes en “empresas obreras autodirigidas”. Las defenderán tanto de un retroceso hacia el capitalismo como de la subordinación a ningún aparato de partido o del Estado. Los trabajadores operarán sus empresas como el núcleo central de la transición del capitalismo al socialismo. Constituyendo su propio cuerpo de directores, se apropiarán y distribuirán el excedente que produzcan. Habrán reemplazado así a los capitalistas. El autogobierno democrático de los trabajadores en el puesto de trabajo liquidará así la organización antidemocrática del puesto de trabajo por el capitalismo» (28).

Esto me recuerda, por un lado, los problemas que se plantearon en la economía soviética en sus primeros momentos con el peligro de la sindicalización, que convertía los trabajadores en propietarios en beneficio propio. Pero los problemas mayores de esta fórmula los vemos cuando observamos que Wolff, y otros colegas suyos como Gar Alperovitz, ponen como modelo de lo que desean Mondragón, la gran cooperativa guipuzcoana. Y uno se da cuenta que no es sólo que Mondragón no haya cambiado en más de medio siglo de existencia el entorno social del país, sino que lo que pueda hacer en el futuro está completamente condicionado por las decisiones de política económica que puedan tomarse desde Madrid. Es decir que la solución no está en la fábrica, sino en el gobierno.

Recuerdo que estando en Perú conseguí un casete con canciones cantadas por los presos de Sendero Luminoso, y me impresionó una adaptación de [La Varsoviana](#), con un estribillo que se repetía constantemente: «Salvo el poder, todo es ilusión.»

Me vais a perdonar que después de hablar del cooperativismo no me refiera a todo un montón de propuestas, más o menos sensatas, de transformar el mundo, la inmensa mayoría de las cuales parte o bien de obviar el tema de cómo lograr neutralizar la capacidad del poder político para frenar todos los cambios que pongan en peligro sus intereses, o bien de suponer que puede producirse una especie de conversión universal que hará que cada cual de nosotros se despierte un día decidido a compartir el uso comunitario de los bienes esenciales o a renunciar a los males que comporta apuntarse al crecimiento indefinido.

Propuestas que casi siempre se formulan entendiendo que «el mundo» es el espacio de los países desarrollados en que vivimos nosotros, y olvida, entre otras cosas, que fuera de él hay otro mundo que tendrá unos problemas angustiosos en los próximos años, ya que, como posiblemente conocéis, ha sido abandonada aquella ilusión de una contención del crecimiento de la población mundial, y las nuevas estimaciones de las Naciones Unidas apuntan a que aumentará mucho más de lo que se había previsto: la de África pasará en el transcurso de este siglo de los mil millones actuales a 3.600 millones (Malawi, por ejemplo, se calcula que pasará de 15 a 129 millones). Cualquier propuesta de cambio social no puede hacerse

olvidando que estos vecinos nuestros, que ya están llamando a nuestras puertas, tendrán muchos más motivos para hacerlo en cuanto se les acaben los alimentos y el agua, y que costará convencerles de que lo que deben hacer es acostumbrarse a consumir menos. Quiero decir con ello que algunos de estos proyectos idílicos que apuntan a la necesidad de un cambio moral deberán de ajustarse a una imagen más compleja del mundo que se avecina.

Si alguien espera que, para acabar, haga profecías sobre lo que ocurrirá, o que proponga remedios para el futuro, se equivoca. Mi función, como persona que trabaja profesionalmente en el estudio de la evolución de la sociedad, es, sencillamente, tratar de explicar lo que ocurre, proporcionar elementos para que, venciendo los prejuicios, los tópicos y las interpretaciones malintencionadas, cada cual mire en torno suyo, examine lo que sucede y tome partido. Lo que he pretendido explicar es que estamos entrando en un período que nos amenaza con la consolidación de una desigualdad creciente, con la degradación y empobrecimiento del trabajo asalariado, y con la destrucción de los servicios sociales que nos proporcionaba el Estado del bienestar, con unas consecuencias garantizadas de empobrecimiento global para la mayoría. He pretendido explicar también que esta evolución no es el fruto inevitable de causas fatales e invencibles, como la globalización, la evolución de la tecnología o cualquier otra por el estilo, sino de unas políticas destinadas a conseguir el enriquecimiento de algunos a costa de la mayoría. Estas políticas han llevado a la destrucción de algunos de los instrumentos de defensa empleados antes, como la capacidad de negociación de los trabajadores, y han acabado por corromper la democracia parlamentaria.

¿Cómo se puede salir adelante, pues, de una situación que tiene fundamentalmente unas causas políticas, cuando las reglas del juego han corrompido los viejos referentes que nos habían servido en el pasado para conseguir ganancias sociales y libertades? Parece evidente que necesitamos encontrar otros nuevos.

Si observamos nuestro entorno social, no todo lo que vemos es negro. A nuestro alrededor no solamente hay derrota y frustración, sino también protesta y resistencia; no solamente corrupción, sino también solidaridad. Allí donde los gobiernos y los partidos no llegan, hay movimientos sociales protagonizados por hombres y mujeres que no se resignan a los abusos a que se les quiere someter, trabajadores que luchan por sus derechos, médicos que se oponen a la privatización de la sanidad, estudiantes que rechazan la degradación de la enseñanza pública, colectividades que paran proyectos de explotación de los recursos naturales que pondrían en peligro su entorno. Hay, más allá de nuestro mundo, movimientos de campesinos que luchan colectivamente —en América, Europa, África y el sur de Asia— por la tierra y el agua, hay protestas de grupos indígenas que desean proteger sus formas de vida y su dignidad... A pesar de su diversidad, todos estos movimientos tienen en común el hecho de que van dirigidos contra un mismo enemigo, contra un capitalismo depredador e incontrolado, que tiene hoy la fuerza suficiente no sólo para reprimir las manifestaciones, sino para evitar, a través del control de la política, cualquier intento por parte de gobiernos elegidos con su patrocinio de frenar sus actividades.

Hay que encontrar los medios para extender esta conciencia común y elaborar desde abajo, desde la experiencia de los movimientos sociales en sus variantes más diversas, nuevas formas de actuación política que puedan llegar donde hoy no llegan unos partidos que han visto impasibles, a menudo como colaboradores, la destrucción de nuestras libertades y de nuestros derechos.

Hay mucho trabajo por hacer. Los resultados que se obtengan dependerán de vosotros. A mí, que estoy ya cerca de la puerta de salida, no me toca más que aportar lo que he aprendido, de mi trabajo y de mi experiencia. Pero el trabajo deberéis hacerlo vosotros. Será difícil, pero vale la pena.

Notas

- (*) Artículo original en catalán: «[Després de la crisi](#)», *La Lamentable*, 19 septiembre 2013.
- (1) Jaisal Noor, «[Greg Palast: Potential Fed chair Summers at heart of global economic crisis](#)», *Truthout*, 3 septiembre 2013; Matt Taibbi, «[The last mystery of the financial crisis](#)», *RollingStone*, 19 junio 2013.
- (2) Simon Johnson, «[The nextt emerging market crisis](#)», *New York Times*, 5 septiembre 2013; Paul Krugman, «[This age of bubbles](#)», *New York Times*, 22 agosto 2013 (trad. esp.: «[Esta era de burbujas](#)», *El País*, 25 agosto 2013), etc.
- (3) Emmanuel Saez, «[Striking it richer: The evolution of top incomes in the United States \(Updtaed with 2009 and 2010 estimates\)](#)», 2 marzo 2012. Véase, complementariamente, Annie Lowrey, «[The rich get richer through the recovery](#)», *New York Times*, 10 septiembre 2013.
- (4) N. Gregory Mankiw, «[Defending the one per cent](#)», *Journal of Economic Perspectives*, 27, n.º 3, verano de 2013, pp. 21-34.
- (5) International Labour Organization, «[Global Employment Trends 2013](#)».
- (6) Floyd Norris, «[The shrinking ranks of the working](#)», *New York Times*, 5 abril 2013; Salvatore Babones, «[Jobs](#)», *inequality.org*, 8 septiembre 2013.
- (7) Paul Krugman, «[The jobless trap](#)», *New York Times*, 21 abril 2013 (trad. esp.: «[La trampa del desempleo](#)», *Periódico a.m.*). Las observaciones de Krugman se basan en una investigación de Rand Ghayad y William Dickens, «[What can we learn by disaggregating the unemployment-vacancy relationship?](#)», paper publicado en octubre de 2012 por el Federal Reserve Bank of Boston.
- (8) Robert Reich, «[Why there's a bull market for stocks and bear market for workers](#)», en su blog, 5 marzo 2013; James Galbraith, «[Sobre la crisis de la Eurozona, Grecia, Syriza, Alemania y EE.UU. Entrevista](#)», *Sin Permiso*, 1 septiembre 2013.
- (9) Dean Baker, «[Inequality: The silly tales economists like to tell](#)», *Real-World Economics Review Blog*, 3 noviembre 2012.
- (10) Bureau of Labor Statistics, «[Employment and wages for the largest and smallest occupations, May 2012](#)», 29 mazo 2013.
- (11) Dean Baker, «[Economy added 169,000 jobs in August, but downward revisions cloud picture](#)», *CEPR. Center for Economic and Policy Research*, 6 septiembre 2013.
- (12) Peter Rugh, «[Fast-food strikes fight the slide into junk wages — for all of us](#)», *Truthout*, 10 agosto 2013; Carl Gibson, «[Striking 'for our dignity', U.S. fast food workers prepare to walk off August 29](#)», *Occupy.com*, 28 agosto 2013; Steven Rosenfeld, «[The other NRA: How the insidiously powerful restaurant lobby makes sure fast-food workers get poverty wages and have to work while sick](#)», *AlterNet*, 27 agosto 2013.
- (13) Nancy Folbre, «[The once \(but no longer\) golden age of human capital](#)», *New York Times*, 10 junio 2013; Peter Radford, «[Human capital — The knowledge dimension](#)», *Real-World Economics Review Blog*, 24 junio 2012; James Manyika et al., «[Disruptive technologies: Advances that will transform life, business, and the global economy](#)», McKinsey Global Institute, mayo 2013; Barbara Garson, «[Abracadabra: You're a part-timer](#)», *TomDispatch.com*, 20 agosto 2013.

- (14) Lawrence Mishel y Heidi Shierholz, [A decade of flat wages. The key barrier to shared prosperity and a rising middle class](#), Economic Policy Institute, briefing paper 365, 21 agosto 2013. Un comentario a este estudio, Richard Eskow, [«Where have America's wages gone?»](#), *AlterNet*, 29 agosto 2013.
- (15) Annie Lowrey, [«Living on minimum wage»](#), *New York Times*, 15 junio 2013.
- (16) Stewart Lansley y Howard Reed, [How to boost the wage share](#), Londres, TUC, 2013.
- (17) Kathleen Short y Timothy Smeeding, [Understanding Income-to-threshold ratios using the Supplemental Poverty Measure](#), Washington, U.S. Census Bureau, 2012; Peter Dreier, [«The invisible poverty of 'The other America' of the 1960s is far more visible today»](#), *Truthout*, 22 marzo 2012; Sasha Abramsky, [«Shake a stick in post-financial collapse America, and one hits poverty»](#), *Truthout*, 8 septiembre 2013 (este texto es un fragmento de su libro, *The American Way of Poverty: How the Other Half Still Lives*).
- (18) Paul Krugman, [«Years of tragic waste»](#), *New York Times*, 5 septiembre 2013 (trad. esp.: [«Años de trágico despilfarro»](#), *El País*, 8 septiembre 2013).
- (19) Manuel V. Gómez, [«El doble castigo de los parados de mayor edad»](#), *El País*, 10 septiembre 2013, pp. 30-31.
- (20) *La Vanguardia*, 9 septiembre 2013, pp. 52-53, y 10 septiembre, p. 22; *Ara*, 8 septiembre, p. 20; *El País*, 9 septiembre, pp. 32-33, etc.
- (21) [«Sympathy for the Ludittes»](#), *New York Times*, 13 junio 2013 (trad. esp.: [«Simpatía por los luditas»](#), *Dinero en imagen*, 17 junio 2013).
- (22) La referencia es del folleto, ya citado antes, de Stewart Lansley y Howard Reed, [How to boost the wage share](#), Londres, TUC, 2013.
- (23) George Lakoff y Elisabeth Wehling, *The Little Blue Book. The Essential Guide to Thinking and Talking Democratic*, Nueva York, The Free Press, 2012, pp. 1-2.
- (24) Edward Bernays, *Propaganda*, Barcelona, Melusina, 2008, p. 15.
- (25) Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 424.
- (26) Donald Sassoon, [«Remember us with forbearance: the unrepentant Eric Hobsbawm, an obituary»](#), *openDemocracy*, 5 octubre 2012.
- (27) Eric Hobsbawm, *Un tiempo de rupturas*, Barcelona, Crítica, 2013, p. 9.
- (28) Richard D. Wolff, [«A socialism for the 21st Century»](#), *Truthout*, 7 junio 2013.